

# El ejemplo de Le Corbusier\*

Por Raúl CACHO



Secretaría General, Chandigarh, India, 1958

En 1887 nació Charles-Edouard Jeanneret Perret y el 26 de agosto de 1965 terminó su luminosa existencia. 78 años que se iniciaron en Chaux-de-Fond, Suiza, pero que tuvieron su esplendor máximo en Francia, tierra pródiga en que ha hecho eclosión más de un talento extranjero. Le Corbusier, a la postre, fue entrañablemente francés.

Perteneció el maestro a una generación de notables. A la par que él, nacían los pintores Juan Gris y Marc Chagall, así como Erich Mendelsohn, otro de los pioneros de la arquitectura moderna. Apenas el año anterior, habían venido al mundo hombres tan famosos como De Chirico, Ozenfant, Kokoschka, Howe, Miës van der Rohe y Antonio Sant'Elia, conocidos y admirados por cuantos se interesan en la revolución de las ideas. Sólo cinco años antes nació otro extraordinario maestro de nuestra profesión: Walter Gropius, y tres años más tarde, el distinguido arquitecto Oud. ¡Toda una pléyade, en la que destaca con luz propia Le Corbusier!

El crítico Brunno Zevi afirma que si Bramante personifica lo más clásico del Renacimiento, Le Corbusier —junto con Gropius, Van der Rohe, Mendelsohn y Oud— constituye la cumbre de la arquitectura contemporánea en lo más puro, y, también, que la antítesis Wright-Le Corbusier compromete a todas las generaciones posteriores de arquitectos con la meta ideal de superarla. Cuando nos habla del carácter del Maestro, Zevi dice que en él se reunían el temperamento del relojero suizo y el del pintor abstracto: era metódico, tranquilo, dedicado, y al mismo tiempo capaz de entender la esencia del todo y la armonía de las partes. Una especie de maníaco de la codificación, a la vez apasionado propagandista de los principios urbanísticos innovadores y revolucionarios.

Hombre de febril actividad, Le Corbusier levantó la arquitectura y el urbanismo a la altura que nuestro tiempo le exigía, consagrándose a su infatigable trabajo hora tras hora, como si temiera que, de suspender —así fuera por un momento— su lucha, todo podría perderse.

Pero no sólo en aquella tramenda pasión, sino también, y sobre todo, en el estudio de la realidad, fundamentó Le Corbusier su obra. De la clara comprensión de las necesidades creadas en un espacio dado por las diferentes actividades humanas que en él se desarrollan, y del adecuado aprovechamiento de las conquistas del cálculo estructural y de los recursos de la técnica constructiva, sacó su idea de la composición dinámica.

Entendió al hombre en sus acciones singulares y en sus relaciones con la comunidad, y vio nitidamente que esas actividades individuales y sociales, proyectadas en el tiempo y en el espacio, debían determinar, si no condicionar, una nueva

concepción del urbanismo y de la arquitectura. Basándose en el exhaustivo análisis de las necesidades del hombre de nuestro siglo, llegó al postulado crucial de su doctrina: la arquitectura debe estar supeditada a los requerimientos del urbanismo.

Y con todos los medios vino a defender sus ideas: con el proyecto y los artículos en la prensa, con el libro, con la conferencia, las polémicas y la organización de grupos incuestionablemente selectos.

Sus escritos están cargados de emoción. Recuerdo, de entre las muchas que no olvidaré, estas palabras, que traduzco libremente de su obra *Cuando las catedrales eran blancas*. Decía:

“Cuando las catedrales eran blancas porque eran nuevas, estaba vivo el espíritu y era limpio el espectáculo del espacio vital; de improviso, la humanidad se enfrentó temerariamente a una aventura desconocida, desdeñó lo atesorado por la tradición milenaria, y sin ella entró en el mundo contemporáneo.

“En otro tiempo, las ciudades eran íntegras, ordenadas, regulares, geométricas y construidas de acuerdo con planos; todo era blanco, aseado, alegre y nítido... Pero en cien años todo cambió: tranquilidad, paisaje, hasta la gente que antes era franca y directa. Llegó el siglo xx y ya no se construyó para el hombre sino para el dinero; aparecieron las grandes ciudades que nos hicieron preguntar: *¿Se habrá proyectado en grande?*, y contestarnos de inmediato: *¡No! ¡Se calculó en falso!*” A tal punto que, para paliar errores y volver al equilibrio, se recurrió a la velocidad, a excavar penosamente la tierra para hacer vías rápidas, y a elevar otras, artificialmente. Y ya todo rueda, hasta las naciones... Las grandes distancias por recorrer cada día obligaron al derroche del tiempo útil y al trabajo forzado para recuperar la pérdida. Pero el hombre siguió sintiendo el apremio de dormir lejos; por eso, al caer la tarde, huye delirante al suburbio verde, para escapar de las piedras sucias y dejar atrás el espíritu sombrío, el hacinamiento, el ruido mecánico y la atmósfera turbia.

“Ese hombre deshumanizado, en lugar de las blancas catedrales para la meditación, ha construido edificios monstruosos para la diversión en masa, para explotar a las muchedumbres y obtener de ellas grandes utilidades, y ha levantado palacios, no para el arte, sino para los especialistas de la naturaleza muerta... Por eso, al salir de sus ocupaciones, el hombre se fuga apresuradamente, y acosado por raudos vehículos, se lanza por las autopistas, detrás de las cuales se acumulan los *slums*, inmensos como mundos, con su inmensa miseria; porque el ansia de la evasión se apodera de él en cuanto se siente aprisionado por las áreas congestionadas y feas de la ciudad fuera de escala, que no puede entrar en su corazón y que lo obliga a pensar siempre en partir...”

\* Extracto de las palabras pronunciadas en la velada luctuosa que se llevó a cabo en el Palacio de Bellas Artes en memoria del arquitecto Le Corbusier, el 15 de octubre.

En la angustia de este hombre, tan fiel y dolorosamente captado por Le Corbusier, vemos el nefasto influjo de la urbe desorganizada que, por desgracia, tenemos que reconocer también nosotros como familiar.

En observaciones como ésta, crueles pero necesarias, se apoyó Le Corbusier para demandar, para exigir de los arquitectos el máximo esfuerzo de que fueran capaces, con objeto de crear el nuevo orden, moderno, que no desdenara la vieja y siempre actual Armonía.

Y él mismo se lanzó a la búsqueda de los medios para realizar la transformación; ideó los famosos cinco puntos de su doctrina, tendientes a recuperar los espacios perdidos en nuestras áreas construidas; a liberar de obstáculos las vías y dejarlas directas, rectas; a aligerar la composición de los muros de carga; a desligar la fachada de la estructura; a distribuir los elementos estáticos hasta entonces inamovibles, y a conseguir espacios radiantes y verdes; puntos todos incluidos en lo que llamó Plan Libre, que resumió así:

Edificios sobre postes

Independencia de la estructura con relación al muro

Libre distribución de elementos permanentes

Fachada libre, y

Techo-jardín.

Así asestó Le Corbusier un golpe de muerte a la concepción académica, que entendía la ciudad como un trazado de vías aparatosas y de ostentosos palacios, pero que era incapaz de impedir el desorden, el mal uso de las tierras, la especulación, el crecimiento sin límites, y de contener el torrente de miserables que invaden literalmente las urbes, o de atajar la proliferante erupción de los tugurios. Academismo que no fue nunca competente para proteger al peatón del tránsito rodante, ni de liberar al vehículo motorizado de la lentitud, del cruce peligroso y del congestionamiento; que dejó que se perdieran los espacios verdes, se manchara la atmósfera de humos industriales y gases tóxicos, y se acabara la tranquilidad; que no frenó la expansión de los vecindarios fuera de escala, ni defendió la permanencia de los servicios comunales, al alcance de los económicamente débiles. Academismo, anquilosamiento impotente para proscribir el ruido, la tensión de los ánimos, la humedad y la mugre.

Le Corbusier proyectó la ciudad luminosa, en la que el trazo de las arterias sigue la andadura recta del hombre y no "la sinuosa de los asnos" y cuenta con vías para el movimiento libre del que va a pie y para el desplazamiento fluido de los automóviles. Una ciudad de escalones comunales a la medida de los habitantes. Ciudad de edificios altos, enclavados en jardines, sin estorbos. En una palabra: Ciudad de sol.

Genialmente entendió Le Corbusier la jerarquía de las diversas vías urbanas y la defendió con brillantez: el espacio interior que se proyecta visualmente al exterior atractivo; los servicios bien dispuestos; los jardines y espacios de paseo y de reposo, de recreación y juego, supo entenderlos también a la perfección y con perfección los resolvió.

Principios todos innovadores, que, aunados a la sugestión de construir unidades urbanas sobre las grandes carreteras de enlace, hicieron que los proyectos de ciudades lineales, elaborados por Soria y Mata en 1882 y por Tony Garnier en 1917, fueran superados por Le Corbusier, quien finalmente concibió su proyecto de la ciudad industrial, apropiada a la era de la máquina, de la producción en masa y de las grandes concentraciones de operarios.

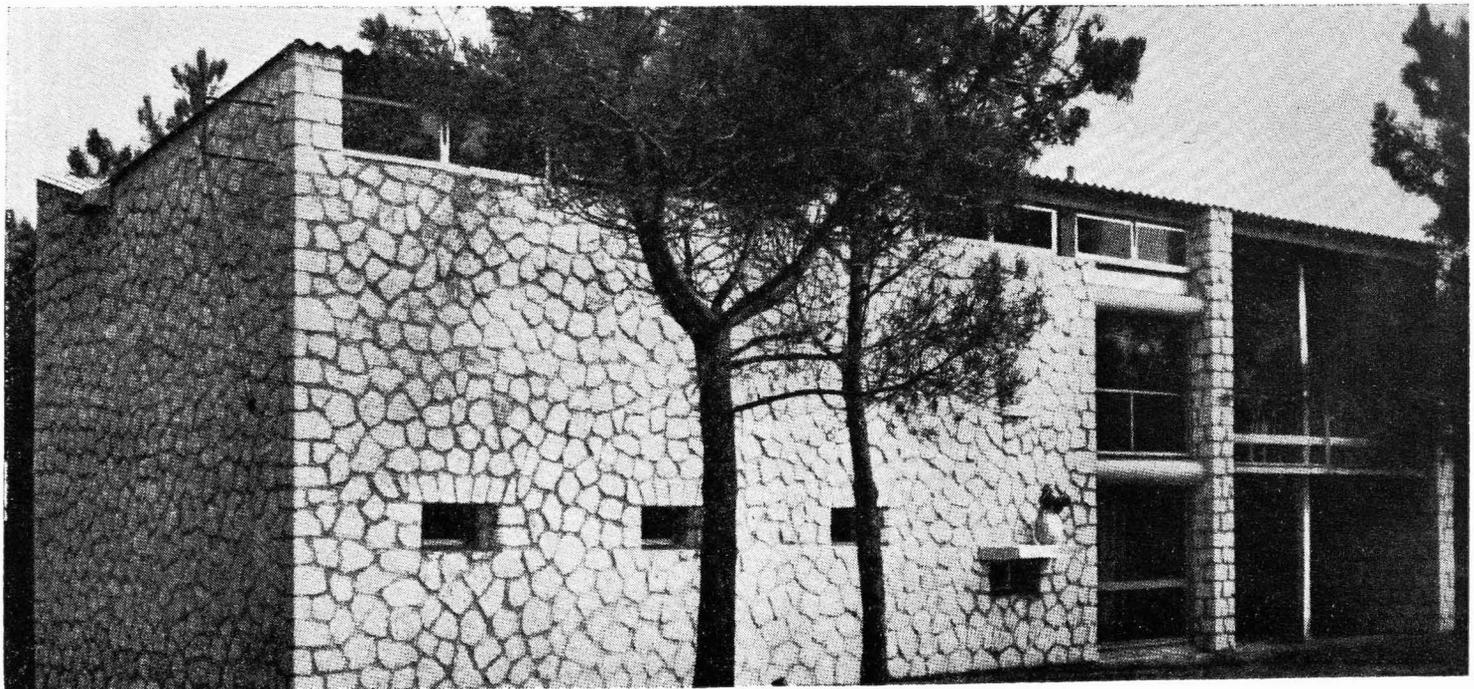
Los ejemplares proyectos de la Rochelle-Pallice, St. Gaudens y St. Dié ponen de manifiesto la respetuosa fidelidad de Le Corbusier a las joyas artísticas heredadas del pasado, así como su convicción de que el binomio urbe-agro debe ser indisoluble, ya que sobre él ha de fincarse la verdadera economía de las naciones.

Consecuente con sus propios principios urbanísticos y con el deseo de mejorar socialmente a los sectores más pobres, el maestro se enfrentó igualmente a la regeneración metropolitana, entre otros con su Plan Voisin, que aspiraba a transformar un París caduco extirpando sus áreas infestadas de tuberculosis y desbordadas de gentes marchitas. Para elaborar este plan, aprovechó la experiencia obtenida en Nueva York, analizando los beneficios aportados por la técnica moderna y superando los errores que se habían cometido al aplicarla.

No mucho después sugirió la ampliación y nueva traza de la Ciudad de Buenos Aires, así como el Plan Regulador de Bogotá. Y hace muy poco, todavía pudo ver el logro de otros frutos, madurados a influjo de sus ideas: indirectamente Brasilia, y directamente la Capital provincial de la India, ahora disputada: Chandigarh.

Recordaré, de entre sus grandes proyectos urbanísticos, los sobresalientes: La Ciudad Contemporánea, de tres millones de habitantes (1922); el Plan Voisin de París, ya citado (1925); la urbanización de São Paulo en el Brasil (1929); las de Río de Janeiro y Buenos Aires, en el mismo año; la de Argel, en el siguiente; el Plano Regulador de Barcelona (1932); las urbanizaciones de Estocolmo y de Amberes, en '33; la de Nemours, en Nor-África en 1934; la de Hellocourt, en la Lorena, un año después; el Plan para la Ciudad Universitaria de Río, en 1936; el Centro de Negocios del Plan de París, de 1936 y '37; la urbanización de la cabeza de puente de Saint Cloud; el Plan Director de Buenos Aires, en colaboración con Ferrari y Kurchan, en 1938; el Plan Director de Argen, en '42; las urbanizaciones de Saint Dié, en los Vosgos, y la de Saint Gaudens, en 1945 y '46 respectivamente; la antes aludida de Rochelle-Pallice, y la de Ismir, en la India, ambas en el mismo año de 1948; el Plano Regulador de Bogotá, en '52; la urbanización del Sur de Marsella, y el gran proyecto integral de Chandigarh, capital del Punjab Indio, en '51; la urbanización del Berlín Occidental, entre las últimas, el año de 1958.

Y, con todo, la grandeza de Le Corbusier no está sólo en su labor de urbanista, impar en la historia universal: también como arquitecto fue verdaderamente genial. Al advertir que las grandes invasiones demográficas y la improvisada urbanización con que se pretendía absorberlas, además de agravar los antiguos problemas de vivienda y servicios, generaban otros peores,



Casa en Mathes, 1935 (fachada principal)

se convenció de que era necesario crear una arquitectura *nueva* si se quería resolverlos. Una arquitectura nueva que tuviera en cuenta, ante todo, el que la casa sola, familiar, no responde ya a la ingente demanda de viviendas de la urbe moderna, además de que por su carácter singular devora insaciablemente el poco espacio aledaño disponible en las ciudades saturadas, haciendo que las metrópolis se expandan monstruosamente, convertidas —como él decía— en “enormes desiertos de piedra y asfalto”.

Como espantable muestra del crecimiento desmedido de un área citadina y de sus consecuencias, ponía Le Corbusier al gigantesco Nueva York, moderno ciertamente, y en el que se habían puesto en práctica nuevos sistemas arquitectónicos, pero en donde tampoco había sido posible impedir el desbordamiento y la desordenada expansión territorial; todo debido a la absorción siempre creciente de cada vez mayores sectores de población, que vienen a las grandes ciudades de la era industrial y del automatismo en busca de mejores oportunidades de trabajo y de mejores niveles de vida. Nueva York, a ejemplo, tenía en 1820, 125 mil habitantes; pero en 1955, tan sólo en el área central, albergaba a 7.850,000 habitantes, y a una cantidad casi doble, si se contaba la población suburbana.

A la vez que atacaba el problema del crecimiento de la urbe, Le Corbusier decidió poner coto a la dispersante fuerza centrífuga de las viviendas de las áreas citadinas. Postuló una densidad demográfica de 400 habitantes por hectárea, en lugar de los 50 que tienen los conjuntos de viviendas independientes. Propuso “unidades de tamaño adecuado”, de 50 metros de altura y distantes de 150 a 200 metros unas de otras, que pudieran alojar a 1,600 personas en 4 hectáreas tan sólo, en lugar de las 32 que tradicionalmente se necesitan para construir 320 casas, número calculado para dar albergue a las mismas 1,600 personas.

En los conjuntos de viviendas independientes, criticó la llamada Ciudad Jardín, que en 200 hectáreas alojaba en casas individuales el mismo número de personas que él podía acomodar en condiciones inmejorables en 25 hectáreas de edificios agrupados. La arquitectura nueva debía, además, usar los materiales nuevos: el vidrio, el acero, el concreto, y aprovechar los progresos de la industria para acelerar y abaratar la construcción de viviendas, mediante el uso de elementos tipificados y estandarizados que hicieran posible su producción en serie. Obsesionado por las conquistas de la era mecánica, que se traducen en el dominio del hombre sobre la naturaleza, decía:

“Los controles automáticos, los altos edificios, el aire acondicionado; el cristal que permite abarcar el brillante resplandor del espacio luminoso; estimulante; la conquista del sol, del aire limpio; la posibilidad de tener a la vista desde el

interior el campo de acción de la comunidad, son parte de lo alcanzado para la humanidad por la cultura moderna, y debemos aprovecharlo todo.”

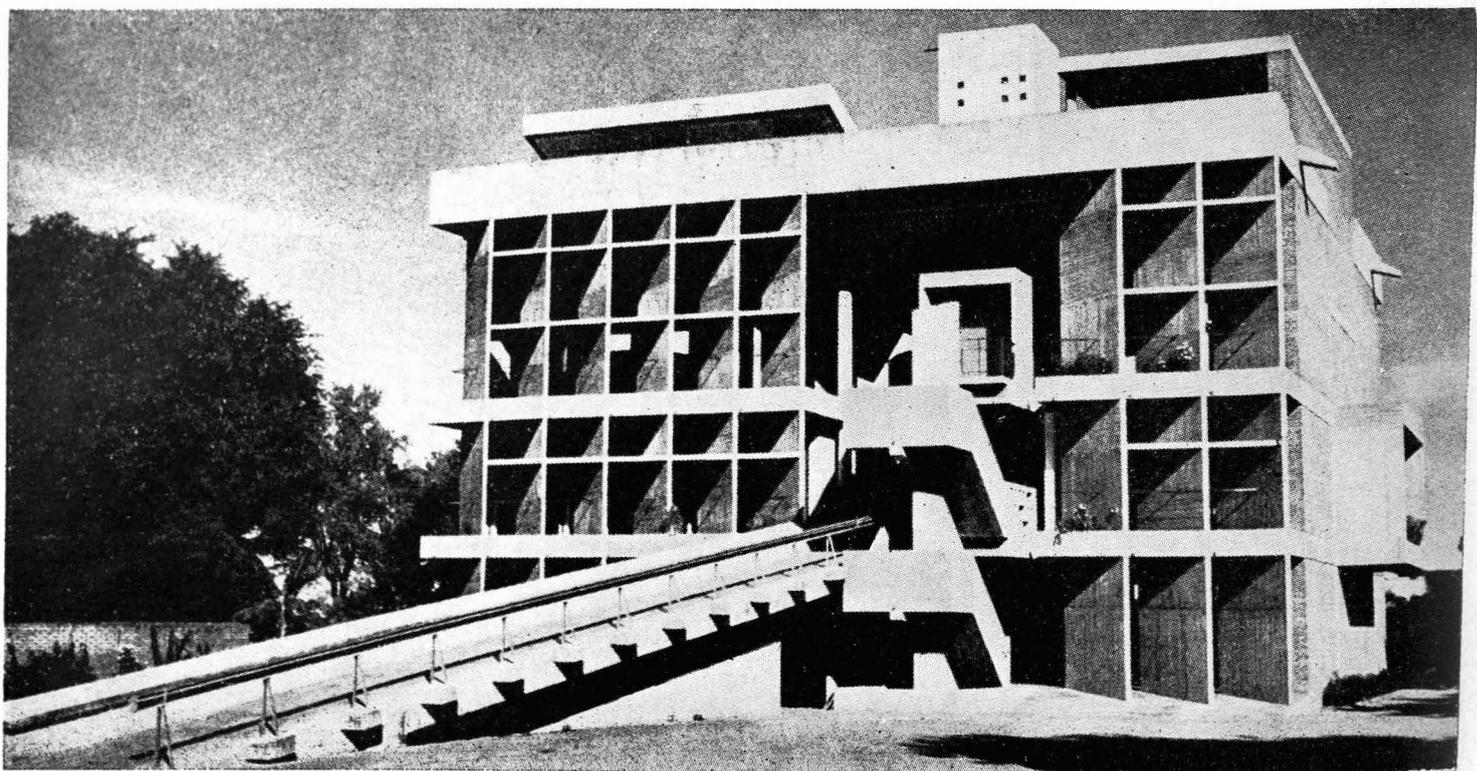
La supresión de los muros de carga, eliminados por el cálculo moderno, hacía inoperante la vieja ventana y abolía sus terribles insalubridades:

“Durante treinta años —escribe— conocí las oficinas de París, su humedad, su frío, su atmósfera maloliente y sofocada, sus malsanas corrientes de aire, la falta de luz, la visión de espacios siempre iguales y opresores, las perspectivas rotas a diez metros, las pláticas cortadas por el ruido, los téticos rincones... y nadie me impedirá que quiera cambiar estas cosas, que quiera encontrar el camino de lo radiante.”

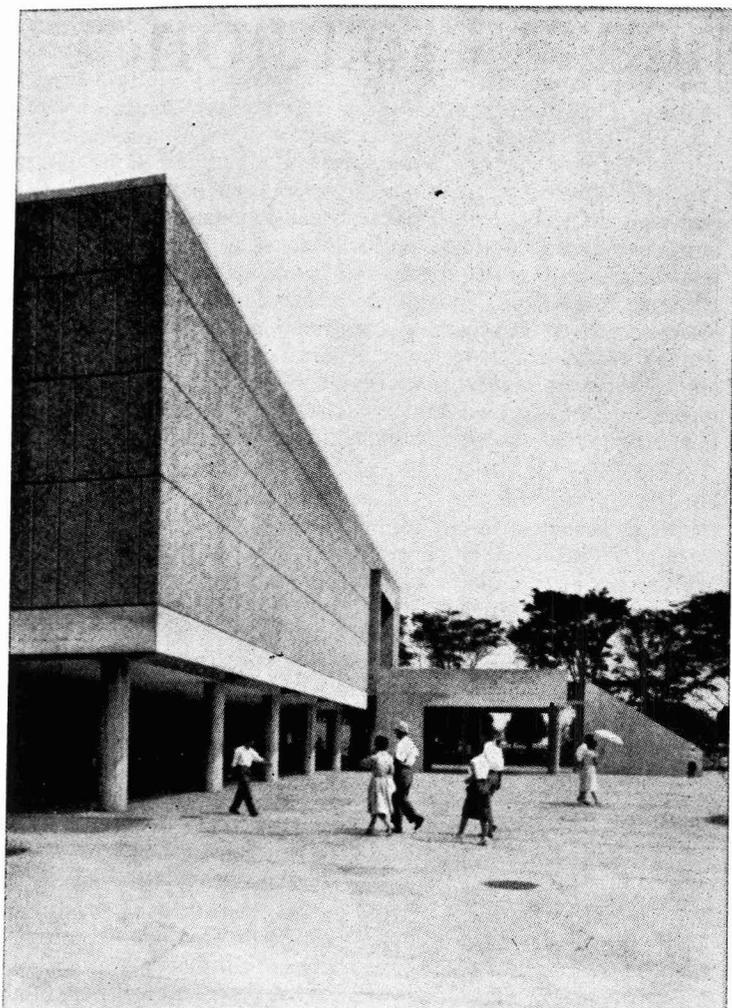
El maestro Le Corbusier deseaba la perfección, la exactitud, que la industria produjera en serie lo indispensable para hacer casas como máquinas, bellas y útiles para ser habitadas.

De sus grandes proyectos y realizaciones arquitectónicas, me es grato recordar: La Casa Domino (1914-15); La Casa de Raoul La Roche (1923); el Pabellón del Esprit Nouveau (1925); las casas que hizo en Stuttgart ('27); el Palacio Centrosoyos ('28); la Villa Savoye (1929); la Casa Stein (1927); el proyecto para el Concurso del Palacio de las Naciones (1927); el Pabellón Suizo de la Ciudad Universitaria de París (1930-'31); el Asilo Nocturno del Ejército de Salvación, o Ciudad de Refugio, en las mismas fechas; el Ministerio de Educación de Río de Janeiro, en colaboración con arquitectos como Costa y Niemeyer (1936-'45); sin olvidar su notable proyecto para el Palacio de los Soviets (1931). De entre los años 1937 a 1946, sobresalen su diseño para el Monumento de la Memoria de Vaillant-Couturier (1937); el proyecto de Museo para Philipville (1939); el conjunto de edificios del Barrio de la Marina en Argel (1938-'42); la escuela prefabricada Valante (1940); los edificios de la Fábrica Verde (1944); el conjunto de los Grupos Agrícolas de Cherehell (1942); la Unidad Habitacional de Marsella (1947-'52); el proyecto del edificio de las Naciones Unidas, en que se basó el definitivo. De 1952 a 1957, recuerdo sus construcciones de la Capilla de Ronchamp, el Palacio de Justicia de Chandigarh y el Secretariado de la misma ciudad india; sus casas y edificios en Amedabab; la unidad de habitación de Nantes; la similar de Berlín; la Casa de Brasil en la Ciudad Universitaria de París (realizada de acuerdo con Lucio Costa); la Casa Jaul, etcétera.

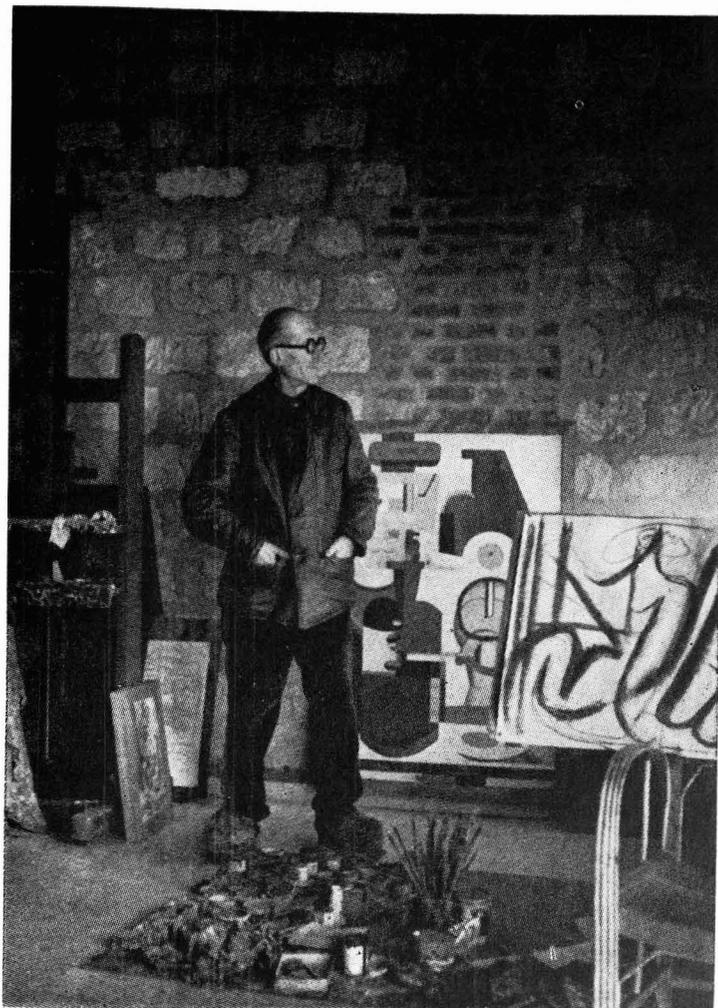
Consciente de que es indispensable la integración de las partes en el todo, de los edificios en las urbes, y del hombre en su vivienda y en su ciudad, Le Corbusier diseñó en colaboración con su equipo, y lo adoptó en sus realizaciones, el Modulor,



Palacio de la Asociación de Hilanderos, Ahmedabad, 1954



Pabellón Suizo, Ciudad Universitaria, París, 1930-32 (fachada sur)



Le Corbusier — "manifestar el espíritu de su época"

medida que establece una regla a la escala del hombre, capaz de abarcar desde lo mínimo hasta lo más grande. Con esta escala, intentó el Maestro acabar con las arbitrariedades de los programas y coeficientes establecidos a base de unidades abstractas, y poner fin a las diferencias y complicaciones que existen entre los sistemas métricos decimal y el de pies y pulgadas.

"Las dimensiones del Modulor son continentes del hombre", explicaba, y todas las medidas siguen la armonía áurea derivada del juego entre la unidad, la doble unidad, y la raíz de cinco. La unidad de partida era el hombre promedio, antropológico, el hombre "moda", establecido mediante rigurosos datos estadísticos para uso de la policía inglesa.

Le Corbusier escribió:

"En Princeton, tuve el placer de conversar largamente sobre el Modulor con el profesor Albert Einstein, quien más tarde me dio a conocer su opinión en estos términos: 'El Modulor es una gama de proporciones que dificulta lo malo y facilita lo bueno. Es una herramienta que trabaja bien con problemas de mensuramiento y por tanto de proporciones, por lo que da seguridad a las labores.'"

Mougeot, fundador en París del Comité de Organización Económica, opinaba que el Modulor es en extremo importante, y útil tanto en la arquitectura como en la mecánica general.

El Modulor, medida armónica organizada matemáticamente sobre la escala humana, vino a ser, pues, otra de las grandes conquistas alcanzadas por el genio de Le Corbusier, que debemos a su afán por evitar que se fuguen, en la composición arquitectónica y urbanística, los espacios en los que el hombre ha de llevar a cabo sus actividades.

Pero era necesario exponer las nuevas ideas, defender las obras, divulgar los principios doctrinales y los logros; había, asimismo, que desenmascarar a los negociantes y a los advenedizos, y poner en evidencia a los que se oponían movidos por la envidia. Todo lo hizo Le Corbusier en poderosos y atractivos escritos. Apasionado en la controversia, ponderado como expositor y maestro, su lenguaje fue siempre apto para transmitir la inspirada emoción que animó su vida de artista.

Fue un escritor prolífico. Sólo de 1922, en que escribió *Hacia una arquitectura*, a 1937, año en que publicó *Cuando las catedra-*

*les eran blancas*, editó once obras. En 1939 apareció *El civismo de los tiempos nuevos y el urbanismo*; en 1941, *Destino de París* y *Sobre las cuatro Rutas*; y de entonces, a 1946, seis libros más, entre los que se cuentan *La carta de Atenas* (1943), *Los tres establecimientos humanos* (1944) y *Propósitos del urbanismo* (1946).

Sus ensayos y artículos se reprodujeron en las principales revistas y periódicos de todo el mundo. Conferencias, pláticas, entrevistas, sonadas polémicas, lo convirtieron en el líder a cuya guía y referencia se sometían los grandes proyectos del siglo.

No conforme con su incansable esfuerzo, sintió la necesidad de formar y organizar grupos de discípulos, entre los que se contaron arquitectos e intelectuales connotados de todas las naciones; las agrupaciones que impulsaba tenían la finalidad de afincar y consolidar la escuela libre que se fue creando alrededor de su figura. Así nacieron los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna, cuya primera reunión tuvo su sede en el Castillo de Madame Mandrot, en la Sarraz; en esa ocasión memorable, Le Corbusier, presentó seis puntos a discusión: la técnica moderna y sus consecuencias; la estandarización; la economía; la urbanística; la educación de la juventud, y la comprensión que de la arquitectura moderna debe tener el Estado.

Dijo entonces el maestro:

"El destino de la arquitectura es manifestar el espíritu de la época. El maquinismo y las transformaciones socio-económicas exigen también la modificación de la arquitectura. Es indispensable volver a colocarla en el ambiente de la realidad y obligarla a huir de la influencia estéril de las academias. Para beneficiar a los países, la arquitectura debe ir íntimamente unida a la economía general, con lo que efectivamente podrá satisfacer las exigencias humanas que se le encomienden. La arquitectura debe hacer uso de los inmensos recursos de la técnica industrial en vez de supeditarse a una arcaica artesanía. La urbanística, de naturaleza esencialmente funcional, no puede seguir ligada a un esteticismo gratuito, si no quiere desaparecer. Ha de establecerse una justa proporción entre los volúmenes construidos y los espacios libres. La plusvalía territorial debe favorecer a todos los habitantes de una comunidad. Y para lograr todo esto, el arquitecto tiene que influir a la vez en la opinión pública y en los medios oficiales, a fin de enseñarlos a apreciar los nuevos medios y los enormes recursos de la nueva arquitectura."